



## La forma en la que Twitter ha existido durante todo un periodo en España no se ha dado en otros lugares, y eso tenía que ver, con la tecnología en sí, sino con una cuestión política.

**CÉSAR RENDUELES** | Ese elenco que has hecho entre experiencias que perseveran o desaparecen igual nos da pistas sobre cuáles son las condiciones por las que resultan más o menos fructíferas o que incluso en algunos casos hace que tengan efectos contraproducentes. Allí donde hay relaciones más o menos estables tienden a prosperar este tipo de proyectos comunales, como por ejemplo en los centros sociales ocupados y en los ámbitos educativos o laborales. Pero esas relaciones estables están propiciadas por un abanico de mecanismos muy distintos. Pueden ser

voluntarias y relacionadas con la pertenencia al barrio, como es el caso del centro social ocupado, pero otras no son exactamente voluntarias. En el caso de las escuelas, donde es relativamente fácil generar relaciones cooperativas, es todo lo contrario. Es el último espacio de socialización forzosa que queda en nuestras sociedades. Es el Estado el que genera esas relaciones estables que, con toda su capacidad impositiva, nos obliga a llevar a nuestros hijos al colegio. Lo mismo pasa con los centros de trabajo o las cooperativas. No es algo que elijamos, más bien proviene de la desgracia de no tener otra salida que buscar un trabajo para sobrevivir. Creo que esto nos ayuda a dimensionar esa idea de absoluta espontaneidad que late detrás de esa pulsión comunal, que nos lleva a contraponer lo puramente espontáneo de esas relaciones sociales frente a lo puramente autoritario del Estado. Hay mucho más matices ahí. En cualquier caso, las relaciones más permanentes se generan de distintas maneras, pero lo cierto es que son difícilmente sustituibles. Ahí donde no existen es muy difícil que surjan proyectos comunales fructíferos.

## ¿Puede el estado potenciar lo común?

**GUILLERMO ZAPATA** | Me vienen dos cosas a la mente que considero condición de posibilidad para que determinadas prácticas, que también son formas de vida, arraiguen. Me refiero al espacio y al tiempo. Debemos reconocer que hay una gran dificultad para que las instituciones del común se doten de eso por sí mismas. Las instituciones que hoy por hoy proveen tiempo y espacio, aunque sea de forma coercitiva, son el Estado y el trabajo. En ese sentido, uno de los problemas del ciclo anterior ha sido pecar de cierto idealismo al pensar que bastaba con las infraestructuras. En el municipalismo había esa idea de «si abrimos lugares, pasarán cosas». Pero eso sucede hasta cierto punto, porque no provees de espacio ni tiempo. Incluso resaltaría especialmente

la cuestión del tiempo. En las diferentes experiencias municipales ha habido intentos de ceder infraestructuras, producir legislación o incluso ordenanzas relacionadas con la participación, la cogobernanza o con la gestión directa de espacios. La verdad es que he vivido eso como algo parecido a dar una nave espacial perfectamente equipada para viajar a hipervelocidad a gente que no tiene tiempo para hacer la comida o que está concentrada en buscar trabajo. Hay cierta inercia al pensar que con la mera entrega de la nave se podrá volar, pese a no tener tiempo liberado para hacerlo.

Este momento contracíclico y más defensivo nos obliga a pensar que las condiciones materiales para que estos procesos ocurran pasan por liberar tiempo. La verdad es que no se me ocurren muchas otras maneras de garantizarlo si no es con cierto dominio institucional. En la centralidad del Estado como ente organizador y de provisión de tiempo se ve mejor esa tensión entre lo común y lo estatal.

**CÉSAR RENDUELES** | Incluso me preguntaría cuánto tiempo hace falta liberar para que el conjunto de actividades sociales que existen merezcan la pena y no se conviertan en un delirio. A veces se dice lo maravilloso que sería poder participar en la gestión del agua o de la energía. A mí, francamente, me parece una pesadilla. Decía Geert Lovink que hay gente para quien poder configurar los drivers de una impresora es una experiencia liberadora, pero que, para

sentirse satisfecho, a él le basta con encender la impresora y que imprima. Si además dura más de dos años, entonces ya es maravilloso. A mí me pasa algo similar con ciertas utopías comunales que, más bien, me parecen distopías. Después de haber trabajado, atendido a mis hijos, haber hecho deporte y haber participado políticamente en lo que me interesa, me resulta bastante aterrador ocuparme de la gestión de la enorme cantidad de bienes y servicios que nos rodean. En ese sentido, pensando en perspectivas un poco más realistas, recuerdo una corriente en ciencia política autodenominada «neocomparativista», desarrollada entre otros por el sociólogo alemán Wolfgang Streeck, en la que se planteaba un cuarto nivel en la posible ordenación e intervención en los asuntos públicos. Distinguían

entre corrientes estatistas, corrientes neoliberales o mercantilistas y corrientes comunales. De este último caso decían que integraba la confianza en la espontaneidad de la sociedad para autoorganizarse. Frente a esas corrientes, proponían que algo complementario, pero más razonable, era una apuesta por las asociaciones de interés. Es decir, que no todos estamos interesados en la gestión del agua o del conocimiento libre, pero hay gente que sí lo está. Tal vez sea un poco absurdo pretender que todo el mundo está interesado en

todo y fingir que eso es un gran comunal donde los intereses de cada individuo inmediatamente se van a co-responder con los del conjunto de la sociedad. Parece más razonable pensar en cómo dotar a esas asociaciones cuyo propósito tiene cierto solapamiento con el interés público para conseguir una intervención virtuosa. Puede sonar como una propuesta muy «viejuina» escrita en otros tiempos, y en cierto modo así es, pero la verdad es que me suena más realista. No solo respecto al tiempo que estamos dispuestos a dedicar a algo, sino también sobre el interés que nos genera. En los ciclos de consulta y de participación de hace casi diez años se juntaba gente que había dedicado mucho tiempo y esfuerzo a los temas que se deliberaban con gente que tenía un interés marginal o periférico. Eso generaba conflictos difíciles de resolver, porque, ¿cómo vas a excluir a alguien de ese proceso participativo? Pero es que igual no todos los intereses deben estar al mismo nivel. Tal vez hay agentes más concernidos por eso que se está deliberando.

